



INDIVIDUO Y PROGRESO

Antxon Pz. de Calleja

Conforme pasa el tiempo, se agudiza una sospecha creciente sobre la bondad de los fines, generalmente aceptados y socialmente admitidos, de esta sociedad del bienestar. El escepticismo se generaliza, los automarginados del sistema se extienden y su postura no es ya identificada con la simple excentricidad o con una inexplicable oposición. El optimismo decimonónico sobre el progreso técnico pudo ser sustituido en el siglo XX por el optimismo del desarrollo económico ilimitado, pero esto empieza a parecerse demasiado a una huída hacia el futuro, que se lleva todo por delante, incluidas algunas consideraciones elementales referidas a la calidad de nuestra existencia, bastante gris, al impacto sobre el medio natural, al agotamiento de recursos no renovables, todo lo cual ha permitido una peligrosísima explosión demográfica, que constituye toda una bomba de relojería a largo plazo.

La perversión de la dialéctica entre individuo y sociedad, y entre progreso técnico y cambio social, parece estar en el origen del problema. El Estado moderno, tan aparentemente totalitario, y el individuo, teóricamente tan independiente y autosuficiente, se están sobornando mutuamente, intercambiando seguridad y libertad. Cada vez es más evidente que el Estado sacrificará parcelas de

libertad en igual proporción a las demandas de mayor seguridad que reciba de la sociedad. Y cuanto mayor sea la exigencia de bienestar material, más probablemente la economía se convertirá en un instrumento de control social.

Se trata de una dialéctica que no conoce equilibrio ni mutua corrección. Los problemas se van agravando conforme pasa el tiempo y el deterioro de la situación se agudiza, sin que se produzcan reacciones, cambios de rumbo o transformaciones internas. La economía y la sociedad no pueden dejar de ser lo que son, aunque el precio de ello sea su probable destrucción.

Hasta ahora una literatura demasiado complaciente con el individuo ha preferido encontrar el origen de los desastres de la historia y las propias crisis en oscuras conspiraciones, en siniestras dictaduras contra natura, en la misma e inevitable perversión del poder, intrínsecamente abocado a oprimir y corromper (1984, *Animal Farm*). Las cosas no son tan elementales. En una sociedad avanzada, los males y los peligros no caminan en una sola dirección, desde el poder al pueblo. Un pueblo que ha inspirado demasiadas emociones sin respaldo real y que sin duda es capaz de lo mejor, pero que es

también sensible a lo peor. Nuestra creencia en su bondad natural debe ser matizada y su presunta inocencia puesta en cuestión. Hemos tenido que llegar al siglo XX para convencernos de que el hombre es ambivalente. No hay hombres buenos u hombres malos. Todos los hombres son buenos y malos a la vez, o tal vez sucesivamente.

La existencia de una democracia implica y exige que poder y sociedad se controlen mutuamente y su influencia camine en ambas direcciones. Hay que suponer que, en teoría, el poder dirige a la sociedad, a cambio de ser controlado por ésta. Pero esto es la teoría, porque en la práctica unos y otros son servidores de valores y objetivos que emanan de la propia realidad y el problema no tiene solución si la sociedad no se hace responsable de sí misma y aprende a fijar límites a sus apetencias de bienestar y seguridad, cosa bien difícil; el poder difícilmente lo hará por su cuenta, ni afrontará causas impopulares y contra corriente.

En realidad, si algo cabe reprocharle al poder es su debilidad, ocultada tras el abuso de libertades y la corrupción. Un poder que siempre va por detrás de los acontecimientos y que ha puesto en marcha situaciones que luego no ha sido capaz de controlar. Una víctima más de la historia y una fuente de constantes paradojas.

Lo mismo podríamos decir de la aparente contradicción entre una sociedad cuyos valores y esquemas de organización social evolucionan muy lentamente, con avances y retrocesos, frente a una tecnología que se despliega vertiginosamente y que los individuos se ven incapaces de utilizar correctamente.

La alianza entre individualismo y progreso técnico ha resultado a la larga explosiva. Nuestras casas poseen todos los chismes que identificamos con el confort, pero se encuentran situadas en colmenas angustiosas. Hemos hecho los pisos antes que las urbanizaciones, lo mismo que se han fabricado los automóviles antes que las carreteras. Las ciudades son víctima del éxito alcanzado por sus ciudadanos en pos de la abundancia. Las necesidades más elementales —educación, sanidad— han sido prostituidas por castas burocráticas hasta convertir el resultado final en algo irreconocible respecto del proyecto inicial. La cultura se ha convertido en un producto de consumo que carece de significados individuales.

Todo lo que es privado florece, todo lo que es público se desvanece en el caos, cuando no es víctima o presa de rapiña de quienes reclaman una parte del botín. Un mundo atropellado y ciego, que hace buena la afirmación opuesta a la conocida de Adam Smith por la que cada persona, persiguiendo su propio bienestar, consigue, en conjunto, una sociedad fallida y aberrante.

En una sociedad tal, el desarrollo económico se tenía que convertir en un cáncer; es decir, en algo que crece fuera de todo control. El sentido que aquello parecía tener, hoy se nos escapa. Víctimas antes que verdugos, acabaremos por saludar la crisis como una instancia salvadora que «in extremis» nos ha ahorrado nuevos horrores. Hemos sido salvados por la campana.

Pero todavía el optimismo es prematuro, ya que en esta sociedad los acontecimientos de hoy producen resultados imprevisibles mañana. Nada nos va a evitar que la humanidad alcance los 12.000 millones de individuos antes de, esperémoslo, estabilizarse. Es el equivalente al

triple de la población actual; así que nos esperan hambre y horrores para rato. La realidad ha resultado peor aún de lo esperado.

Todo indica que las sociedades humanas nunca han sabido rectificar sobre la marcha y que los cambios sólo se inician después de haberse dado contra el muro. Todo ello resulta de lo más extraño, ya que siendo la humanidad, teóricamente, mucho más sabia que cada uno de los individuos aisladamente considerados, a veces resulta todo lo contrario. Una civilización basada en la memoria escrita y en la tradición histórica —esa relación de errores pretéritos, suma y síntesis de una experiencia colectiva corregida periódicamente— no sabe sacar partido de sus propios testimonios históricos. A pesar de disponer de lo mejor de todos nosotros —de nuestros conocimientos especializados, que se amalgaman en una gran unidad—, parece como si labrara siempre en terreno virgen, en terra incógnita; su mayor virtud, la capacidad para abrir nuevos caminos, se revela como su mayor tragedia y el más alto riesgo. El progreso se paga.

Todo eso ya lo conocíamos referido a todos y cada uno de nosotros. La vida del hombre es una alegoría del fracaso, de la derrota inevitable en la lucha diaria que sostenemos con la existencia. Decía Goethe, **«pensar es fácil, pero actuar siguiendo nuestro pensamiento es muy difícil»**. Aún añadiríamos que entre pensamiento y acción existe menor distancia que entre acción y realidad. Hagamos lo que hagamos, no podemos acertar siempre; en realidad, no acertamos casi nunca.

A pesar de que cambiáramos todos los días, insensiblemente, somos siempre traicionados por una realidad que cambia mucho más deprisa. La insolencia y el autoritarismo de la madurez son síntomas de inadaptación e inseguridad y esconden una patética necesidad de afirmarnos frente a lo que, de día en día, vamos perdiendo: el control de nosotros mismos y la capacidad de entender lo que ocurre en nuestro derredor.

Pero en la práctica, también la sociedad comete los mismos errores y fracasa, al igual que los individuos. Se esclerotiza, se vuelve autoritaria, se resiste al cambio, se encierra en mitos, destruye sus alternativas y destruye a sus hijos, lanzándolos a causas insensatas. Peor aún, para cierto tipo de cosas, no aprende nunca, cae siempre en las mismas aberraciones (las guerras, por ejemplo), y en una pasión por lo desconocido, que sería emocionante si no fuera pagada siempre por todos nosotros, a los que el sistema utiliza de conejos de Indias.

Nadie entendía cómo eran compatibles civilización y barbarie, ciencia y guerra, cultura y terror. Son, en realidad, partes del mismo proceso, el que nos lleva de lo conocido a lo desconocido, de lo previsible a lo imprevisible: el cambio, algo que nadie ha sido capaz de planificar. Saborear la manzana del árbol prohibido se paga al precio de una fatalidad necesaria, porque no existe avance científico que no destruya algunos presupuestos sociales, y que no ponga en movimiento un proceso en cadena hacia lo desconocido.

La historia es un proceso asimétrico, no global, en permanente contradicción interna, esencialmente discontinuo, que avanza a saltos y que resulta tan imprevisible como siempre; todos los años, nos adentramos en lo desconocido. La vida es puro azar; esto es algo que ya saben los poetas y los chamanes de la tribu. Convendría

que los demás nos fuéramos convenciendo de ello. Nuestras reacciones frente a crisis y guerras resultarían menos tópicas y más efectivas. Nuestras señales de alerta se encenderían antes; seríamos conscientes de que el progreso se siempre ambivalente, al igual que todos y cada uno de los seres humanos.

Vivimos en la delgada capa vegetal de un planeta cuyas profundidades desconocemos absolutamente; la civilización, la cultura, no pasan de ser también un proceso que nada en la superficie de una naturaleza animal que hunde sus raíces más abajo y que ha durado mucho más; el hombre existe desde hace tres millones de años, el hombre civilizado es un joven de sólo ocho mil años. El hombre, una plataforma primitiva para un ordenador demasiado sofisticado, un saurio del mesoceno con un cerebro diez veces más grande del que le corresponde, nunca ha sido capaz de conciliar su curiosidad intelectual que, según cómo se mire, es su lado bueno, con sus limitaciones emocionales y sociales, la bestia parda de sus virtudes morales. Nuestro estado de conflicto e incertidumbre es permanente. Podemos conocer, y hasta comprender, aunque no enteramente, lo que nos pasa, pero no lo controlamos, y eso nos sume en un mar de perplejidades.

Nuestra virtud es nuestra servidumbre; estamos hechos de una doble naturaleza. Probablemente no puede pasar sino lo que ocurre. Aunque rechacemos airados un pensamiento semejante y a nuestra razón le repugne, nuestra historia demuestra, casi comprueba estadísticamente, que con el avance tecnológico las cosas no están sino empeorando. Estamos poniendo armas letales en manos de antropoides. La tecnología es buena —por lo menos es neutral—, pero el hombre no lo es y la utiliza contra sí mismo. No hay adoctrinamiento ni religión que valgan. Por lo menos, hasta ahora, no ha servido de nada. Homo, homini, lupus. La teoría roussoniana no pasa de ser una entelequia. **La sociedad es tan mala como el hombre. Mejor dicho, son lo mismo.**

Hemos ido muy lejos, tal vez demasiado lejos en todo este tiempo, hasta el punto de haberse inventado los

procedimientos para nuestra propia destrucción. Otra paradoja más. El hombre, ese ser curioso, incapaz de eludir la tentación de explorar todos los caminos, todas las posibilidades, también ha seguido, y a fondo, ésta, lo que presupone la arrogancia de considerarse a sí mismo en situación de juzgar y la fatuidad de entenderse en posesión de todos los datos necesarios.

El hombre no puede someterse a servir mientras dura el breve soplo de vida que le anima; tiene que intentar resumir en cincuenta años todo lo que la Humanidad ha experimentado a lo largo de su historia. Ni el que cree en la otra vida, tal vez menos que ninguno, se resiste a ello. Y así cada generación compendia todos los triunfos y fracasos que jalonan el paso de la humanidad desde el inicio. Y todas cometen los mismos errores, mientras hacen avanzar hacia ninguna parte el carro de la historia.

El hombre sigue siendo el mismo que describía Pascal, el ser que no puede evitar crearse problemas porque es incapaz de quedarse tranquilamente en su casa.

Vita brevis, ars longa. Sólo el arte y la belleza representan una cierta escapatoria, un afán de trascendencia, que se cumple. Algo que realmente vale la pena. El arte no nos salva, pero nos consuela o, al menos, equivale a un refugio, un refugio temporal en el mejor de los casos. La vida humana no es sino la pirueta de una piedra lanzada al aire y destinada a caer.

Carpe diem. Disfrutemos mientras podamos. No hay otra cosa. Pero incluso esto es relativo. Para disfrutar el aquí y el ahora son necesarias instancias contradictorias: conciencia e inconsciencia, pasión y serenidad, conocimiento e instinto. No podemos ser a la vez y simultáneamente el buen salvaje y el buen civilizado; no es posible disfrutar de lo sensible y de la cultura sin contraponerlas, sin destruirlas o anularlas. Podemos sentir una cosa pero la misma conciencia del disfrute destruye sin remedio el sentimiento. Nuestra vida es una fantasmagoría, una apariencia de sentido, un pastiche involuntario, una falsedad inevitable.

Junio de 1983